

EL QUIJOTE: DE LA RISA, LA CRUELDAD Y OTROS MENESTERES

Reinaldo Spitaletta

1. Obertura en la que se refieren algunos grandes principios literarios y otros asuntos.

"En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor...". Este es uno de los comienzos más célebres de todas las literaturas antiguas y modernas, y puede compararse, si es que vale comparar lo incomparable, con los inicios de libros como *La Metamorfosis* de Kafka ("Cuando una mañana se despertó, después de un sueño agitado, Gregorio Samsa se encontró en su cama transformado en un monstruoso insecto"), o con el de *Moby Dick* ("Llamadme Ismael"), o con aquel que dice así: "Háblame, musa, de este hombre ingenioso que vagó tanto tiempo, después de haber destruido la ciudadela de Troya", que es el de la *Odisea*, o con el de nuestro *García Márquez* y sus *Cien años de soledad*: "Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo"...

Porque de comienzos impactantes hay muchas obras, y cada uno se acordará de ellos según sus predilecciones, aunque aquí podríamos men-

cionar también el de La Vorágine, o el de El viejo y el mar, o incluso el del Manifiesto Comunista, que, así no se trate de una obra de ficción, sólo un poeta podría arrancar de esa manera: "un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo". En todo caso, como las obras mencionadas, don Quijote de la Mancha tiene un principio sobrecogedor que hace que el lector continúe inmerso en una larga y placentera lectura.

Y con don Quijote no se trata de cualquier lectura, sino de muchas, porque es una obra plena de significados, de interpretaciones, de espacios verbales; llena de sentidos, de maravillosas aventuras, que puede alguien interpretar como un canto a la amistad; otros, como el perpetuo combate entre materia y espíritu; alguien más como un elogio de la locura y del delirio, y así hasta el infinito, porque el poder de la literatura consiste en hacer imaginar nuevos mundos, en el que cada lector recrea personajes y situaciones y les da diversos significados, porque la literatura es uno de los más lúcidos ejercicios de la libertad y de la posibilidad.

En don Quijote se mezclan, en una genial combinación, el humor, la crueldad, la risa, nuevas perspectivas de la narración y de los narradores, la poesía. Don Quijote es un héroe, o un antihéroe, regido por un destino que está en los libros de caballería, que él mismo escogió hasta secar su seso y convertirse en un caballero andante en un medio en que ya éstos no existían. Don Quijote es un personaje al que los libros le dan una nueva vida cuando ya tiene casi cincuenta años, cuando apenas se conoce en su hábitat con el sobrenombre de Quijada, Quesada o Quijana. Era un exponente típico de los hidalgos rurales de España con pocos medios de fortuna y que en gran parte del año se mantenía ocioso, y precisamente en esos ratos se daba a la caza o a leer "libros de caballería, con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda", y el hombre se metió tanto y tan hondo en las novelas de caballería, que él incluso creía que eran historias reales, y se enfrascó tanto en sus lecturas "que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio", y así del mucho leer y del poco dormir se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio.

Sin embargo, ese héroe o antihéroe, según como se le mire, no huye de la fatalidad del origen hacia la libertad sino hacia un nuevo cautiverio, esta vez bajo la forma de un texto, o de muchos textos, que condicionan su

accionar. Como lo recuerda el escritor William Ospina, se parece a un fragmento de Kafka cuando dice que "la vida sólo consiste en escapar de una celda que odiamos, hacia otra que todavía tenemos que aprender a odiar". Y ahí es donde radica el secreto de la literatura con sus posibilidades de interpretación. Es en ella, en la literatura, donde los personajes antes que criaturas de carne y hueso (a veces más hueso que carne, como don Quijote) son sistemas de palabras, encadenadas, organismos verbales, textos. Y estos textos artísticos pueden alcanzar muchas veces el carácter de paradigmas, de elevados símbolos de la condición humana. De ahí también el valor de la lectura, porque al leer nos leemos a nosotros mismos, nos encontramos con personajes que, al comprenderlos, al asirlos, nos hacen conquistar mayores espacios de libertad en nuestra propia existencia.

Con don Quijote Cervantes inaugura nuevas formas de narrar, inventa la novela moderna tal como hoy la concebimos, y como él mismo lo dijo: "Yo soy el primero que he novelado en lengua castellana". Y aunque de la vida del tal Cervantes (como diría Bruno Frank en su biografía novelada) se desconocen muchos detalles, y su obra es de tan colosal dimensión que a veces se confunde al creado con el creador, es bueno que él mismo nos haga un retrato físico suyo, como lo realizó en el prólogo de sus Novelas ejemplares: "Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no ha veinte años fueron de oro; los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis, y esos, mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies. Este, digo, que es el rostro de autor de *La Galatea*, y de *Don Quijote de la Mancha*, y del que hizo el *Viaje del Parnaso* a imitación del de César Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño, llámase comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra. Fue soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades. Perdió en la batalla naval de Lepanto la mano izquierda de un arcabuzazo; herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que

vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo de la guerra, Carlos V, de feliz memoria".

Así que ese señor no muy ligero de pies pero sí muy amplio de mente, ese hombre que estuvo preso en Argel y en Sevilla, donde concibió su obra magna, es el que en su don Quijote nos muestra un examen del orden mental de su tiempo, nos revela una crítica a la intolerancia y al dogmatismo, nos da ideas sobre la justicia y la injusticia, sobre el heroísmo, la locura y la cordura que en su tiempo imperaban.

Cervantes, ese hombre graduado en desdichas y desventuras, aparece en las páginas de su libro mayor como la gran mente universal de su época, como un escritor que desdobló el lenguaje narrativo en puntos de vista, como el creador de una novela realista y fantástica. Porque, para nosotros, lectores de hoy, siempre serán hechos vívidos las tenebrosas ventas que ve Sancho y los castillos mágicos y encantados que ve don Quijote; los parroquiales molinos de viento como los gigantes que el andante caballero ve en ellos y así sucesivamente todo lo que discurre en esta obra. Para nosotros, lectores de hoy, la cordura y el delirio se hacen igual de visibles y ninguno tiene más existencia o más preponderancia que el otro.

Don Quijote, una novela en la que prácticamente está todo, desde las utopías hasta la cultura antigua; desde los conceptos de justicia y libertad hasta los males de amor; desde la sabiduría del pueblo hasta lecciones de ética, don Quijote digo que es tal vez la novela más popular del planeta, no sé si la más leída, pero sí de la que todos saben o creen saber algo o por lo menos han escuchado mencionar; cualquiera en la calle podrá dar una descripción de Sancho Panza y lo pondrá quizá más gordo o más comilón. Es posible que gente que jamás ha leído un libro hable de Dulcinea y Rocinante, sin saber siquiera que son personajes de una obra literaria. Ni Aquiles, ni Hamlet, ni el rey Lear, han alcanzado tanto. Don Quijote es una novela que está viva en el imaginario colectivo; una novela a la cual la gente le ha agregado cosas, como aquella, ya tan célebre y manoseada, que no figura en el texto original: "Ladran, Sancho, señal de que cabalgamos".

2. Donde se vuelve a hablar de un tal Cervantes

El Quijote inaugura una nueva época en la literatura universal. Con la obra cervantina se inicia una tradición bastante curiosa como es la del cambio de concepto de héroe que hasta entonces se tenía. Es decir, el héroe, desde los griegos, era aquel hombre triunfador, invicto, casi invulnerable, como le pasa por ejemplo a Ulises que tras una serie de aventuras y peripecias retorna victorioso a Ítaca, o como solía pasar con los personajes de los libros de caballería, con los amadises y belianises, con los Bernardos del Carpio, con los Reinaldos de Montalbán, con los tirantes y otros príncipes y caballeros. Don Quijote no es ese tipo de personaje; es todo lo contrario, es un aventurero cuyas batallas y combates casi siempre terminan mal, es el derrotado, al cual, sin embargo, no le arredran sus reveses. No es el héroe al cual haya que componerle una epopeya ni es el fundador de una nueva nación.

Don Quijote tampoco es el personaje moralizador o moralizante, pero sí es un buscador de justicia, alguien que quiere proteger a los desvalidos, deshacer agravios, enderezar tuertos, enmendar sinrazones, socorrer viudas, amparar doncellas. No lucha por imponer un modelo de una república ideal, pero lo sacan de quicio las injusticias. Más que un utopista, o alguien que quiere luchar por cambiar las cosas, don Quijote es un altruista que ofrece su valor, su esfuerzo, sus armas obsoletas, su coraje que en ciertos casos es temeridad, ofrece todo eso, generosamente y sin pedir recompensas, porque lo que lo mueve es el combate contra lo que él considera injusto.

Sin embargo, parece haber una contradicción en que un hidalgo sosegado se convierta en caballero andante en un tiempo en que éstos ya no existen, y además, para ir a desfacer agravios se ponga una celada o casco de cartón, desempolva las oxidadas armas que habían sido de sus bisabuelos, se monte en un rocín desvencijado que a él le parece más brioso que el Bucéfalo de Alejandro o el Babieca del Cid Campeador, y todo esto en tiempos en que ya las armas de fuego habían cambiado todas las tácticas de combate. Luego se bautiza a sí mismo como don Quijote, o sea, toma el nombre de la pieza de la armadura que cubría el muslo y tras estos menesteres busca una dama de la cual enamorarse, "porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma". Con

esos atavíos y armas don Quijote parece más destinado al ridículo y a la derrota que a convertirse en un triunfante enmendador de sinrazones. Así comenzó su peregrinar por el campo de Montiel.

No hay duda de que Cervantes realiza una parodia de las novelas de caballería, que también para su época ya estaban pasadas de moda. Don Quijote se cree personaje de esas novelas y además piensa que éstas son libros de historia, de acontecimientos verídicos, y por eso también desde el principio de su delirante y múltiple aventura hace una invocación que está destinada a preservar su nombre y sus actos: "Dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán a la luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro", e inmediatamente desea que haya un sabio encantador que cuente su historia.

En esto también se ve el deseo, o una suerte de presagio de Cervantes de que su obra va a pasar a la historia, de que él convertirá en inmortales a don Quijote y a Sancho, de que su vida azarosa y llena de carencias económicas se va a ver recompensada con esa su creación. Lo dice en el prólogo de la primera parte: "Desocupado lector: sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse".

La vida de Miguel de Cervantes, nacido en 1547, transcurre en el período más brillante y tempestuoso del siglo XVI y comienzos del XVII en España; le corresponde vivir el período final del reinado de Carlos V, en cuyo imperio jamás se ponía el sol; todo el reinado de Felipe II y parte del de Felipe III. Ya para entonces se habían producido todos los descubrimientos geográficos, hay un orden basado en la navegación, el comercio, el mercado. Ya ha transcurrido un largo tiempo desde la expulsión de los judíos y los moros de España. Cuando Cervantes llega al mundo están incubándose todos los elementos de la Contrarreforma: el Concilio de Trento, que cuando se clausuró ya Cervantes tenía 15 años. La compañía de Jesús extendía su poder. Cervantes, que estuvo en Italia al servicio del cardenal Giulio Acquaviva, va a participar en la batalla de Lepanto, al mando de Juan de Austria. Para Cervantes, como ya vimos, aquella fue "la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros". En esos días se viven ambientes de epopeya, de

persecuciones, de inquisición. Después de esa confrontación en Lepanto (7 de octubre de 1571), Cervantes cae prisionero y permanece cautivo en Argelia cinco años. Al quedar libre, o mejor dicho después de que compran su libertad, vuelve a España y se emplea como agente de acopios en especie de la Armada Invencible y desde su puesto pudo observar los movimientos de la inmoralidad y después va a padecer el desbarajuste de esa Armada, que en realidad no era invencible. En España también es puesto preso porque, según se dice, su contabilidad no estaba clara. Digamos, como dice el escritor Francisco Ayala, que ya a los cuarenta años Cervantes arroja de sí sus expectativas heroicas que tenía desde Lepanto. Y es entonces, en medio de una España llena de desasosiegos, cuando empieza a cuajarse el Quijote. En medio de desventuras va produciendo su obra literaria sin mucho éxito. Insiste en la poesía, en el teatro, pero nadie quiere saber nada de sus comedias y dramas. A los cincuenta años es un hombre envejecido con una existencia que se parece más al fracaso que a la dicha. Mejor dicho, está casi como el personaje que él creará, como don Quijote, que cuando frisaba los cincuenta era un hombre solo, un hidalgo venido a menos, con una exigua hacienda y que en todo caso no quiere que su vida termine en "ese lugar de la Mancha" en medio de silencios y fracasos. Pero era un hidalgo lector, que parte de sus bienes los había gastado en la compra de libros; él cree en esos libros, quiere convertir el sueño en realidad, quiere aplicar todo lo leído, aplicarlo en su vida real, y entonces rompe con sus rutinas, con su casa, con su cotidianidad aburrida. Y así se convierte en la imagen del hombre que no se resigna a su destino de decadencia.

3. De cómo don Quijote subvierte la realidad

Con la aparición del Quijote hay un cambio de perspectiva sobre la locura y la razón. La España del siglo XVI también estaba llena de locos, de gentes con una idea fija: están el rey, los cardenales, los curas, la Inquisición, los nobles, las monjas, todos ellos dominados por una convicción exclusiva, que algunos vieron como prepotente: de que para llegar al cielo había que pasar por una puerta de cuyas llaves eran ellos los guardianes, tal como lo señalara el comentarista Duffield, citado por Vladimir Nabokov en su curso sobre el Quijote.

En Don Quijote la relación entre cordura y locura se vuelve un entramado complejo, en el que los locos se vuelven cuerdos y los cuerdos, locos. Así por ejemplo un cura le llama la atención a don Quijote y le dice que en vez de estar haciendo algo útil se ponga a hablar y a creer en gigantes y en todas esas invenciones. Y don Quijote le contesta que, en la Biblia, que no puede faltar en un ápice a la verdad, hay gigantes, como Goliat.

Don Quijote está convencido de su misión en el mundo, la de tener aventuras en pro de los menesterosos, y en su delirio ve las posadas como si fueran castillos, llama doncellas a dos prostitutas, la Molinera y la Tolosa, tiene un combate con un arriero porque le tocó las armas. En vez de ovejas y carneros, ve ejércitos, y a los prisioneros de galeras los toma como gentes víctimas de una injusticia. Y así va cumpliendo con todo lo que había leído acerca de cómo se ejercitaban los caballeros andantes. Su pasión esencial es hacer entrar los libros en la vida, o, como también lo señala Estanislao Zuleta, lo que desea es traducir a los libros todo lo que pasa. Y así, entonces, resulta que los molinos de viento que no eran los gigantes que él imaginaba, el texto contiene el remedio: es posible que un encantador enemigo de don Quijote haya convertido los gigantes en molinos de viento.

Ese hidalgo del principio, de vida monótona y sin paisajes, crea a su vez otra realidad que va a chocar con la realidad real, por así decirlo. Por eso, y es uno de los más bellos logros de su estructura novelística, hay varios narradores, hay historias dentro de la historia, como simulando a las muñecas rusas o a las cajas chinas. Y entonces al crearse una realidad virtual (me perdonan el término) que se encontrará con la realidad de otros, tiene que aparecer el humorismo, la risa, la comedia que en don Quijote también se transmuta en tragedia.

Don Quijote comienza bautizándose a sí mismo y empieza a nombrar las cosas. Hay un nacimiento que recuerda a Filón de Alejandría cuando decía que las palabras crean las cosas; las cosas nacen al conjuro del verbo. Y así va nombrando a su caballo, luego bautiza a la aldeana real Aldonza Lorenzo, de la que él estuvo enamorado sin que ella se diera cuenta, y la convierte en un ser imaginario, en su amada ideal, Dulcinea del Toboso. Por eso es la "sin par", por eso es la "señora de sus pensamientos". Por eso, más adelante en la novela, él no se deja tentar de ninguna otra mujer,

porque él ya está comprometido. Y rechaza, sin que él supiera que fuera una farsa montada en su contra, rechaza entonces contraer nupcias con la princesa Micomicona y en la segunda parte de la obra los recados amorosos de Altisidora.

Don Quijote cuando parte de su hacienda para enfrentarse al mundo, no es dueño de nada, rompe con la realidad circundante, la subvierte, no lleva dineros para pagar en las ventas, pero en un momento dado lo que más le preocupa es todavía no haberse ordenado caballero. Y aquí es donde aparece una de las más fehacientes pruebas de que esta novela, además de muchas otras cosas, es una parodia de los libros de caballería. Recordemos que en el tercer capítulo a don Quijote lo hace caballero el socarrón ventero, quien dio al loco hidalgo "un gentil espaldarazo". Como lo recuerda Martín de Riquer en su texto *Cervantes y el Quijote*, las ceremonias con las que se otorgaba la sagrada orden de caballería eran rituales absolutamente serios y solemnes.

En la Segunda Partida del rey don Alfonso el Sabio, que trata de "Cuáles no deben ser caballeros", se lee lo siguiente: "Y no debe ser caballero el que una vegada hubiese recibido caballería por escarnio; esto podría ser en tres maneras: la primera, cuando el que hiciese caballero no tuviese poder para hacerlo; segunda, cuando el que lo recibiese no fuese hombre para ello, por alguna de las razones que dijimos; la tercera, cuando alguno que tuviese derecho de ser caballero la recibiese a sabiendas por escarnio...". Don Quijote recibió la caballería "por escarnio", como se demuestra en el capítulo tercero de la primera parte, donde el ventero que le dio el espaldarazo no tenía "poder para hacerlo". La misma ley también establecía que no podría ser caballero quien fuese loco o quien fuera hombre muy pobre.

El caso es que al don Quijote armarse caballero se abre un abismo enorme entre lo que él vive y los que otros ven en él. O sea, ven a un loco deambulando por montes y sierras, cuidando armas semidestruidas y que lo hacen ver como una figura ridícula y extemporánea. Es un ser que está solo en el mundo. Que choca con una realidad a la cual, sin embargo, él y sus hazañas van transformando. El ventero es el que le hace ver a don Quijote la necesidad de tener un escudero, alguien al que había que proveer de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y ungüentos para curarse de las heridas.

Don Quijote, que es uno al principio, que es el bautizador o el nombrador, tiene que ser bautizado por otros. Y en este caso, el ventero, que es todo un marrullero, un arquetipo de la picaresca, le designa un escudero, o por lo menos le hace ver la necesidad de ese "otro", que será una especie de doble suyo, pero al revés. Es aquí donde Cervantes empieza a entrecruzar versiones. Hay una alteridad y un reconocerse en el otro, no puede existir el uno sin el otro. Y por eso, al final de la novela, el escudero es una especie de Quijote, y éste una suerte de escudero.

4. En el que se habla de la risa y la crueldad, con una mención a Picasso

Ya armado caballero en un tiempo en que esa condición disuena por lo que ya hemos dicho, o sea, es como si hoy alguien se vistiera de mosquetero y saliera por los barrios de la ciudad a desagaviar muchachas violadas o algo parecido, cuando don Quijote comienza sus aventuras a favor de los necesitados, es cuando también se inician sus desgracias, que para él de todos modos parecen obra de encantamiento.

Acordémonos por ejemplo cuando en la venta don Quijote confunde a esas dos damas del partido, como se les decía a las prostitutas, y las corteja, ellas se mueven a risa, pero le siguen la corriente y le ayudan a quitar los utensilios de su armadura. Y él cree que quienes le ayudan son dos damas principales de aquel castillo y entonces les echa unos versos, que son una adaptación del viejo romance de Lanzarote:

-Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido
como fuera don Quijote
cuando de su aldea vino:
doncellas curaban de él;
princesas, del su rocino.

Valga decir ahora que don Quijote es una obra si bien en la cual hay momentos cumbres para la risa, para el humor, también es una obra para el llanto. O como lo decía hace muchos años una señora, doña Maruja Jaramillo de Moreno: "Leyendo el Quijote entendí a Picasso: con un ojo se ríe, con el otro se llora". Nabokov decía que las dos partes del Quijote

son una enciclopedia de la crueldad, y para él era uno de los libros más crueles y bárbaros de todos los tiempos. Le concede, sí, que es una crueldad artística.

En el capítulo III el ventero permite que un "loco ojeroso" se aloje en su venta únicamente para reírse de él y para que se rían sus huéspedes. Pasamos después, en el capítulo siguiente, a los azotes que un labrador robusto le da a Andrés, un chico semidesnudo; después seguimos retoriéndonos de risa cuando un mozo de mulas deja al indefenso don Quijote machacado como trigo de molino. Don Quijote es herido, maltratado, lo dejan sin dientes, sangrante, y todo esto en determinado momento causa risa. En eso, incluso, me parece que Cervantes anticipa el cine cómico del siglo XX, basado, en muchos aspectos en la risa que produce una caída, en la crueldad que alguno proporciona a otro, y hay muchos ejemplos, como los del Gordo y el Flaco (Laurel y Hardy), lo mismo en Chaplin, en fin. Quién que es adicto a la risa no suelta carcajadas, dolorosas carcajadas, con la pelea con Maritornes, el ventero, el arriero, el Quijote y Sancho, o con la manteada que le infligen a Sancho Panza, e incluso con el bálsamo de fierabrás, esa bebida maravillosa para curar heridas y proteger de la muerte. Y por él cual Sancho dice que renunciaría a la ínsula prometida, "y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios sino que vuestra merced me dé la receta de ese extremado licor...".

Y así de puñada en puñada, de golpe a golpe, avanzan las delirantes y a su vez reales aventuras del caballero manchego. En la aventura de los rebaños sufre un descalabro inmenso: le sepultan de una pedrada dos costillas en el cuerpo, y entonces saca su licor extraordinario y cuando se lo está bebiendo le dan otro almendrazo en la mano y en la alcuza que se hace pedazos, y del golpe se le van tres o cuatro dientes y muelas de la boca, y mientras tanto Sancho se arranca las barbas al ver las locuras de su amo.

Después, viendo a don Quijote "malferido", se le acercó casi hasta meterle los ojos en la boca para examinar el desastre dental, pero ya lo que se había tomado el caballero del bálsamo milagroso hacía efectos en su estómago, y al tiempo que Sancho llegó a mirarle la boca "arrojó de sí, más recio que una escopeta, cuanto dentro tenía y dio con todo ello en las barbas del compasivo escudero". Sancho, como ustedes recuerdan, creyó

que era sangre y que don Quijote estaba herido de muerte. Pero reparó luego que lo que había trasbocado era el líquido de la alcuza, y fue tanto el asco que tomó, que revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor.

Don Quijote va de derrota en derrota, aunque en la primera parte de la novela ha vencido al vizcaíno y también a una cuadrilla de curitas y gentes de "órdenes primeras". Así se va configurando una obra tragicómica, que en su segunda parte se afina más en crueldades, como las que preparan los duques para divertirse con la excitante locura de don Quijote.

Un pasaje absolutamente cruel, pero que a otros personajes de la novela les causa risa, es aquel de la disputa de don Quijote y el cabrero, y que me parece absolutamente cinematográfico, y que de seguro inspira muchos años después lo que antes dije, lo del cine cómico. El asunto comenzó cuando el cabrero dice que ese gentilhombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza, y entonces replica don Quijote diciéndole que era él el vacío y el menguado, "que yo estoy más lleno que jamás lo estuvo la muy hideputa puta que os parió". Y diciendo esto cogió un pan y se lo tiró al cabrero en el rostro, con tanta furia que le remachó las narices. Y el cabrero responde: se arroja sobre manteles y mesa encima de don Quijote y casi lo ahorca, si no fuera por Sancho que lo toma de la espalda y lo tira sobre la mesa: quiebran platos, rompen tazas, derraman sopas y vituallas. Cuando don Quijote se ve libre se sube otra vez sobre el cabrero, el cual tiene el rostro ensangrentado y ha sido molido a patadas por Sancho. Pero el cabrero se repone y toma a don Quijote y lo pone debajo de sí y le da tantos mojicones "que del rostro del pobre caballero llovía tanta sangre como del suyo".

Todo esto lo observan, muertos de la risa, el cura y el canónigo, y los cuadrilleros que azuzan a los contendientes.

Don Quijote es, en medio de combates y risas, en medio de crueldades y humor, esté en una jaula o fuera de ella, es un caballero que en realidad pone todo en cuestión: desde los oficios hasta la justicia, desde el sistema de propiedad hasta las formas de gobernar. Es un loco lúcido que está por encima de su tiempo. Es capaz de hacer "locuras" como una manera de penitencia, tales como las que realizó en Sierra Morena.

Su lucidez es tal que, en el capítulo XI, en el discurso a los cabreros, don Quijote da las razones que justifican su actividad, en su hermoso discurso de la edad dorada, de la cual podemos leer un fragmento:

"Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo y mío*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto". Sigue don Quijote hablando de que entonces todo era paz, amistad y concordia. No había fraude y ni el engaño ni la malicia se mezclaban con la verdad y la llaneza.

Así que, con esas palabras, que son como la descripción de una utópica sociedad, don Quijote justifica el por qué es necesario que en su tiempo de calamidades existan caballeros andantes dedicados a socorrer a los desprotegidos. No importa si pierden todas sus batallas o si los encantadores le hacen el juego sucio.

5. Donde se narra el uso de alguna palabrota muy querida en nuestro idioma

Dentro de los múltiples aspectos que se pueden ver y explorar en una novela tan compleja como Don Quijote de la Mancha están los que algunos críticos han denominado los dobles inversos. Hace un rato mencioné que Sancho era un doble al revés de su amo. Pero hay otros, como el ventero de la primera venta o castillo que aparece en la obra, y que es un "caballero andante de la picaresca". Mientras Sancho habla en refranes, con toda la sabiduría del pueblo, don Quijote usa un lenguaje elevado y culto: a veces es filósofo, a veces es abogado. Sin embargo, en la segunda parte de la novela, hay momentos en que Sancho habla como filósofo y don Quijote como escudero. Ya veremos que Sancho, cuando es gobernador por 10 días de la ínsula Barataria, ejerce unas lecciones de ética impecables y resuelve con inteligencia muchos problemas. Sancho, en algunas ocasiones, habla estropeando el idioma, sobre todo cuando pretende usar

una palabra culterana, y entonces eso provoca la corrección de don Quijote y también la risa en el lector. Esto también permite desde la palabra la caracterización de los personajes.

Hay otros dobles que hacen entuertos, deshacen doncellas, abusan de viudas. Pero dentro de ese mundo dislocado también don Quijote provoca líos, como, por ejemplo, el haber soltado a los galeotes y así se convierten en un perseguido por la Santa Hermandad. Esos mismos galeotes asaltan al cura.

Don Quijote es una novela en la que pasan muchas cosas, aventuras sin fin, algunas incluso inverosímiles como es la de encontrar pastores de alta cultura, como Grisóstomo, que escriben canciones y que tienen conocimiento de la cultura antigua, de la mitología. Hay historias que evocan a *Las Mil y una noches*. Las aventuras se renuevan a cada paso de la novela, no hay una trama específica, pero sí existe la construcción de personajes, don Quijote es una novela de personajes y éste es otro rasgo esencial del genio de Cervantes y de su modernidad.

Incluso, hasta en asuntos en apariencia tan nimios como los usos de la palabra *hideputa*, Cervantes da una lección de nuestra rica lengua. Recordemos el diálogo entre Sancho y el escudero del caballero del Bosque, cuando el escudero de don Quijote le dice que tiene dos hijos que se pueden presentar al papa en persona. Y dice que tiene una muchacha de quince años a la que cría para condesa, que es grande como una lanza, fresca como una mañana de abril y tiene la fuerza de un ganapán.

"-Partes son esas –respondió el del Bosque– no sólo para ser condesa, sino para ser ninfa del verde bosque. Oh, *hideputa*, puta, y qué rejo (fuerza) debe tener la bellaca!

Y contestó Sancho:

–Ni ella es puta, ni lo fue su madre, ni lo será ninguna de las dos, dios queriendo, mientras yo viviere. Y hállese más comedidamente que para haberse criado vuestra merced entre caballeros andantes, que son la misma cortesía, no me parecen muy concertadas esas palabras.

—Oh, qué mal se le entiende vuesa merced —replicó el del Bosque— en asuntos de alabanza, señor escudero. ¿Cómo y no sabe que cuando algún caballero da una buena lanzada al toro en la plaza, o cuando alguna persona hace alguna cosa bien hecha, suele decir el vulgo: "Oh hideputa, puto, y qué bien se lo ha hecho", y aquello que parece vituperio, en aquel término es alabanza notable?

Más adelante, el del Bosque le da vino a Sancho, quien, mirando las estrellas por quince minutos, y luego en acabando de beber, dijo con un gran suspiro: Oh, hideputa, bellaco, y cómo está de bueno.

—¿Veis ahí —dijo el del Bosque en oyendo el hideputa de Sancho— cómo habéis alabado este vino llamándole "hideputa"?

—Digo —respondió Sancho— que confieso que conozco que no es deshonra llama "hijo de puta" a nadie cuando cae bajo el entendimiento de alabarle".

Cómo de todos es conocido, aquí en Antioquia sí que sabemos usar esa bella palabrota en todos los sentidos.

6. Para la libertad, la urbanidad y el uso de la ley

Don Quijote es una novela que exalta la libertad humana. El Caballero de la Triste Figura, el Caballero de los Leones, don Quijote de la Mancha dejó para los futuros tiempos sabias enseñanzas sobre el valor de la libertad, como cuando le dice a su escudero: "La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad así como por la honra se puede y debe aventurar la vida; y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres" (II, 58, pag. 984-985), y esta promulgación la realiza don Quijote cuando parte de los dominios de los duques, donde ha sido tratado a cuerpo de rey por el señor del castillo, que es una encarnación del poder.

El caballero don Quijote considera a la caballería como una ciencia que encierra en sí misma a todas las demás ciencias del mundo, y por eso, para él, el que la profesa tiene que ser jurisperito y saber las leyes de la

justicia distributiva y conmutativa; ha de ser teólogo, y médico, y herbolario para reconocer las yerbas que tienen la virtud de sanar las heridas, y astrólogo para conocer por las estrellas cuántas horas son pasada la noche y en qué parte y qué clima del mundo se halla; ha de saber matemáticas, ha de ser casto en los pensamientos, liberal en las obras, valiente en los hechos, caritativo con los menesterosos y mantenedor de la verdad, "aunque le cueste la vida el defenderla" (pag. 683, cap. 18 de la segunda parte).

Don Quijote nos ha dejado sabias reflexiones sobre el poder, como aquella referida a lo que la ley justa manda y la manera injusta en que se cumple, o, peor aún, que no se cumpla del todo. "Don Quijote sabe que las leyes que castigan la avaricia, que penan los desfalcos, que prohíben el enriquecimiento ilícito, terminan siendo dictadas para no ser cumplidas. Lo sabe don Quijote, y Sancho lo sabe a su manera, porque nuevo en el poder de su ínsula Barataria, quisiera crear un orden justo nuevo, aunque todo esté ya consignado en viejas leyes abandonadas y olvidadas".

Don Quijote sabe bien lo que las leyes, hechas siempre para no cumplirse, deben contener, y las recomendaciones a Sancho para el ejercicio de su poder son muy concretas: el justo medio, la discreción, la sencillez en el atuendo, la rectitud de costumbres; ni codicioso, ni mujeriego, ni glotón. Y le pide hacer lo que al pueblo descreído de la rectitud de sus gobernantes un día le gustaría ver: que visite las cárceles para consolar a los presos, las carnicerías y las plazas para vigilar los pesos y medidas. Que sea honrado, que no prevarique, que no se enriquezca. Es un espejo útil al ejercicio del poder real, que suele representar todo lo contrario. El poder venal, ensartado de corruptelas: "Que no falte unguento para untar a todos los ministros de la justicia, porque si no están untados gruñen más que carretas de bueyes".

Don Quijote, aquél que dijo que quien lee mucho y anda mucho ve mucho y sabe mucho, es, como se lo dice Maese Pedro (que en la primera parte era Ginés de Pasamonte) en el capítulo XXV de la segunda parte, "ánimo de los desmayados, arrimo de los que van a caer, brazo de los caídos, báculo y consuelo de todos los desdichados". Los razonamientos de don Quijote no son los de un descocado, los de un delirante. En toda la novela nos encontramos con las sensateces de un loco, incluso en los con-

sejos de urbanidad que le da a Sancho para ser gobernador, el modo en que se debe vestir, hasta las recomendaciones como las de procurar la abundancia de los mantenimientos, "que no hay cosa que más fatigue el corazón de los pobres que el hambre y la carestía". Le aconseja que visite las cárceles, las carnicerías y las plazas, como ya vimos.

Sancho, que sin duda fue un buen gobernador de diez días, prohibió el acaparamiento de los bastimentos en la república, decretó el libre ingreso de los vinos y la pena de muerte para el que los aguase; mandó moderar el precio del calzado, puso tasa a los salarios de los criados y gravísimas penas a los que cantasen cantares lascivos y descompuestos; ordenó que ningún ciego cantase milagros en coplas, sin probar ser ciego verdadero, e hizo y creó un alguacil de pobres, "no para que los persiguiese, sino para que los examinase si lo eran, porque a la sombra de la manquedad fingida y la lлага falsa, andan los brazos ladrones y la salud borracha". Pero, al mismo tiempo, quiere también, con gravedad, "favorecer a los labradores, guardar sus preeminencias a los hidalgos, premiar a los virtuosos..." Al fin y al cabo, él quiere gobernar "sin perdonar derecho ni llevar cohecho".

Don Quijote, como en alguna utopía, busca una sociedad igualitarista y siempre aduce un alto sentido de la justicia. Y en ese mundo que imagina de la libertad, también está el de la posibilidad, el de buscar que no todo sea como es, sino como debe ser. Y eso lo proyecta en Sancho para encontrar en él la perspectiva posible de un buen gobierno. Como lo indica Estanislao Zuleta, "no tiene interés en el poder como tal, ni en el dinero como tal, ni en el triunfo como tal, y todas estas negaciones constituyen la actitud que posibilita su buen gobierno, o la posibilitaría si, precisamente, el gobierno real no estuviera montado sobre esas actitudes". (El Quijote, un nuevo sentido de la aventura, pág. 154).

Sancho, en la ínsula Barataria, va aguzando sus desprendimientos. No le interesan las riquezas, le interesa más una buena comida y un buen dormir, y dentro de su simpleza y pragmatismo, se convierte en una especie de sabio que no está inclinado hacia el poder, ni a lo que la sociedad propone como paradigma del éxito. Y en la medida en que se alejan de los predios de los duques, Sancho y don Quijote se van aproximando más. El escudero se torna más sensato, más filósofo mientras don Quijote se va volviendo más realista, y aún más cuando está próximo a la muerte. Entre ambos, más que

una relación de poder, se va notando una relación de fraternidad. Incluso al final, Sancho sabe tanto de caballería como don Quijote. Recuerden, por ejemplo, cuando en Barcelona hacen bailar a don Quijote en un sarao, Sancho le comenta que él no cree que los caballeros andantes fueran buenos para el baile ni que corresponda a gentes de tal investidura dedicarse a bailar. Como quien dice, los hombres duros no bailan.

7. Epílogo con epitafio

En esta novela prodigiosa, donde hay teatro dentro del teatro, poesía dentro de la poesía, historia dentro de la historia; donde en la segunda parte hay novela dentro de la novela, porque ya existe el libro que muchos han leído, y entonces los personajes conocen las aventuras del caballero andante y su escudero, y por eso los duques preparan una serie de aventuras para burlarse del Quijote, pero también para intentar que recupere su cordura, en esta novela, que al decir de Vargas Llosa, hay ficción dentro de la ficción, se encuentra una radical incertidumbre de la existencia humana; una parábola de la soledad del hombre frente a un mundo que cada vez exilia los valores de la convivencia y la fraternidad.

Quisiera citar ahora unas palabras de Harold Bloom, que es uno de los críticos literarios más importantes del mundo, y un experto en Shakespeare y la obra de Cervantes: "Para el Quijote y Sancho, la libertad es la función de unas reglas de juego y de representación desinteresadas y precarias. Para el Quijote, el teatro del mundo es una visión purificada de la caballería, ese juego entre caballeros errantes, doncellas en apuros, encantadores siniestros y poderosos, gigantes, ogros y búsquedas idealizadas. Don Quijote es denodadamente loco y obsesivamente intrépido, pero no se engaña. Sabe quién es, pero también quién podría ser, si quisiera. Cuando un cura moralizador lo acusa de evadir la realidad y le ordena desistir de sus andanzas y volver al hogar, el hidalgo responde que al enderezar entuertos, castigar la arrogancia y aplastar toda clase de monstruos, como caballero andante actuó de manera realista".

En esta novela que también es una síntesis de la cultura universal de su tiempo, Cervantes, a través de uno de los narradores de la obra, sabe que su creación perdurará. Quizá por ello lo hace decir lo siguiente: "¡Oh

autor celeberrimo! ¡Oh don Quijote dichoso! ¡Oh Dulcinea famosa! ¡Oh Sancho Panza gracioso! Todos juntos y cada uno de por sí viváis siglos infinitos, para gusto y general pasatiempo de los vivientes".

Don Quijote sigue cabalgando en pos de causas justas, en pos de la libertad del hombre, en la búsqueda de un mundo distinto. Y aquí lo importante no es conseguir el ideal, sino seguirlo buscando. Eso es lo que llaman una quijotada. Hay quienes observan la realidad tal cual es y se preguntan por qué, y hay quienes imaginan la realidad como jamás ha sido y se preguntan por qué no; por qué no puede ser como la imaginamos, como la soñamos. Cada persona contiene otras personas posibles, y cada mundo contiene su contramundo. Muchas cosas han sido soñadas, presentidas, presagiadas antes de existir. Y las hacen posible los caballeros andantes que salen a luchar contra molinos de viento, los caballeros andantes que dejan atrás su vida conformista y se van a deshacer agravios y socorrer menesterosos. Existen mundos prometidos, mundos que necesitamos construir, y que no son menos reales que los mundos que habitamos, conocemos y padecemos. Todavía, por fortuna, existen hombres que siguen creyendo que desfacer agravios y enderezar entuertos es un disparate que vale la pena.

A esos hombres no les importa que los atropellen los toros o los cerdos, que sean motivo de burlas, que sean objeto de persecución. Siguen luchando por un mundo posible. Don Quijote no es un ser derrotado. Cuando lo vence el Caballero de la Blanca Luna, o sea el Bachiller Sansón Carrasco, vuelve a nacer otro don Quijote, el que tiene proyectos pastoriles, el que quiere convertirse en el pastor Quijótiz y su amigo en el pastor Pancito, como si fuera un retorno a la "edad dorada", a una especie de arcadia feliz donde podrán cantar endechas, pasear por las praderas, oler las rosas; donde, como dice el caballero venido a menos, "podremos hacernos eternos y famosos, no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos".

Don Quijote, cuando es vencido por el de la Blanca Luna, promete retirarse un año a su aldea. Quiere comprar ovejas y ganado para convertirse en pastor, y así se lo comunica al Bachiller Sansón Carrasco y al cura, a los cuales nombrará el pastor Carrascón y el pastor Curiambro. Y entonces éstos ven en don Quijote el nacimiento de una nueva locura.

Don Quijote renuncia a ser don Quijote y se bautiza como Alonso Quijano el Bueno, se vuelve enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje y comienza a odiar todas las historias de la andante caballería. "Ya conozco mi necedad y el peligro en que me pusieron haberlas leído; ya, por misericordia de Dios escarmentando en cabeza propia, las abomino", dice. Sin embargo, sus amigos, al escucharle tales palabras no creen que haya recuperado la cordura, sino que era presa de una nueva locura. Pero como lo dice el bachiller Carrasco en el epitafio que le escribió a don Quijote, el hidalgo valiente murió cuerdo y vivió loco.

Don Quijote resurge de su muerte como un vencedor, como un hombre que quiere hacer posibles otros mundos, que quiere que todos cabalgemos en rocinantes, sin miedo de gigantes y encantadores. Nos dice que hagamos como el navegante, que navega aunque sepa que jamás alcanzará las estrellas que lo guían.

Don Quijote, esa novela profunda, en la cual se mezclan las amarguras y las dichas, es, en todo caso, un homenaje al lector, aquel que es capaz de llorar con un ojo y reír con el otro, pese a que uno de los propósitos centrales de Cervantes era que "el melancólico se mueva a risa y el risueño la acreciente". Siempre somos seres nuevos después de leer un libro, pero con don Quijote se nos abren las puertas de la imaginación y el pensamiento y somos entonces, después de su lectura, más conocedores de la frágil condición humana y de la lucha por alcanzar la libertad y los ideales de justicia.

Me encontré en un viejo cuaderno unas frases que no sé de quién son, en todo caso no son de Cide Hamete Benengeli, pero podrían ser; ni tampoco son de Cervantes, que también podrían ser. Deben de ser de algún Quijote contemporáneo, y me parecieron muy apropiadas para finalizar esta conferencia:

"Ella está en el horizonte. Me acerco dos pasos, ella se aleja dos pasos. Camino diez pasos y el horizonte se aleja diez pasos más allá. Por mucho que yo camine, nunca la alcanzaré ¿Para qué sirve la utopía? Para eso sirve: para caminar".

Fuentes:

Don Quijote de la Mancha, Miguel de Cervantes

Edición del IV Centenario Real Academia Española, Asociación de Academias de la Lengua Española, Alfaguara.

Novelas Ejemplares, Miguel de Cervantes, Editorial Bruguera, 1977

Curso sobre el Quijote, Vladimir Nabokov, Ediciones B, 1997.

El Quijote, un nuevo sentido de la aventura, Estanislao Zuleta, edición publicada por el Hotel Dann Carlton. 2000

Un tal Cervantes, Bruno Frank. Ediciones Ercilla, Santiago de Chile, 1937

Don Quijote 400 años después, artículo de Harold Bloom, en el diario La Nación de Buenos Aires.

Un abismo lleno de risa, artículo de Sergio Ramírez, en el diario Página/12, Buenos Aires.